

Israel trajo juego y subversión con su Barco de tontos

Bertha Díaz/ Crítica de Danza/ "El Universo"/ June 2012

En el escenario la sinergia de los cuerpos –tanto entre los coreógrafos, que no es visible, pero está latente–, como entre los bailarines cobra carne.

Tercer día del Festival Internacional de Danza 'Fragmentos de Junio', organizado por Zona Escena. Fue el turno de Israel, un país que se ha vuelto una suerte de marca de garantía en el territorio de las artes vivas, en los últimos años. Con tal presentación se corroboró que aquella etiqueta no es gratuita.

Esta especie de monstruo de dos cabezas que componen los coreógrafos Niv Sheinfeld –con formación en danza– y Oren Laor, formado en teatro, estuvo encargada de darle Barco de tontos al público de Guayaquil.

La obra se presentó en la Sala Experimental del Teatro Centro de Arte, el pasado lunes. Se trata de una pieza tan impecablemente trazada, como ejecutada por sus bailarines, cocreadores del espectáculo: Sasha Engel, Anat Grigorio, Uri Shafir, que da cuenta del (des)encuentro de tres personas en una embarcación que parece llevarlos a ninguna parte, lo que provoca que los juegos más extraños como verosímiles, acontezcan ante el público.

En el escenario, la sinergia de los cuerpos tanto entre los coreógrafos, que no es visible, pero está latente, como entre los bailarines cobra carne. Aquí hay una muestra muy clara del rechazo al sentido de la representación, para dar paso a la presentación, a la exposición ante el público del lenguaje del cuerpo que escudriña tanto el interior como la piel del otro. Todo se vierte ante el público desde los trayectos que configuran los cuerpos, desde sus tensiones energéticas, que –a la vez– permiten sutilmente que las subjetividades a las que apela el motor de esta obra, afloren y creen narrativas que se complementan, que se cruzan. No hay una historia en sentido estricto en Barco de tontos, pero sí, unos impulsos que surgen alrededor de este gran tema que aborda, que es la (im)posibilidad de encontrarse con el otro.

Desde la escena los espectadores están presos a los deseos de este trío de bailarines que los conducen con total decisión y desparpajo por territorios que no se logra sospechar con antelación. Sin que la audiencia se dé cuenta, con este trío se está repentinamente de pie, cantando o riendo estruendosamente; y, luego, simplemente, observando, con la escucha abierta. Hay un goce sensorial al que se está condenado a partir de este 'Barco...' y que difícilmente se pierde en el

camino que este mismo da pauta.

En cuanto a la danza en sí misma, también hay un rechazo a ciertos esquemas/principios desde los que se crea la coreografía para dar paso a la inserción del gesto cotidiano, que repetido, ampliado, sintetizado o estirado, se vuelve gesto danzante; y, desde ahí, trazado escénico.

Lo habitual y normado, al ser subvertido, se vuelve arte. Esto, acompañado por la fuerza que da el oficio en los bailarines rigurosos, provocó una experiencia espectral que logró desencadenar un estado de ánimo alegre. De este modo, el grupo de Israel logró sucumbir al propósito más básico y fundamental de las artes: generar un espacio y tiempo tan distintos y singulares, como llenos de verdad para quienes lo presencian.